

LE GUSTAN LAS MAÑANAS, LAS MAÑANAS siempre traen cosas nuevas.

Adormilado en su jaula comenzaba a escuchar los primeros sonidos del día. Los pájaros llevaban un buen rato cantando una melodía arrulladora y desordenada, y escuchaba algún que otro paso lejano de los empleados, un cepillo rascando el suelo de cemento y el sonido de los aspersores del jardín que, como un diapasón, marcaban el ritmo de la mañana. Cross estaba tumbado en su colchoneta, donde había pasado toda la noche, al igual que el resto de noches desde que estaba en la residencia de perros guía jubilados, hacía un mes. Un rayo de sol le calentaba el lomo iluminando además una parte de la jaula al filtrarse por el ventanuco. Algún que otro perruno lloriqueaba y reclamaba que abrieran las jaulas para disfrutar en el jardín de aquel nuevo día.

Era algo antes de la hora habitual cuando Cross y los demás escucharon cómo se abría la puerta principal de la nave. No se trataba de ningún empleado de la residencia, sino de una joven pareja de unos treinta años que andaban silenciosos por el pasillo, un pastor alemán de apenas año y medio y un niño de seis años, el menos silencioso de los cuatro.

Pronto se organizó una contenida jauría entre los perrunos. Extrañamente, Cross se quedó inmóvil, venteando el aire con el hocico, mientras reconocía el olor de los visitantes. Por encima de todos destacaba uno que le recordaba a galleta lejana. Era

el olor de su amigo, hermano de aventuras, su querido Mario, acompañado por su nuevo perro guía, su mujer y su hijo.

La ensoñación olfativa que estaba experimentando Cross se tornó sólida y dulce realidad cuando escuchó al pequeño Toni llamarlo por su nombre tan pronto localizó la jaula. Se dio la vuelta y abrió todo lo que pudo sus pequeños ojos para poder dar crédito a la imagen que tenía ante él.

Mario palpaba el cerrojo de la jaula y Toni guio la mano de su padre para que este hiciera el movimiento adecuado que permitiera abrir la puerta.

*«Glorioso chasquido, Mario. Me has devuelto la vida», pensé.*

Enseguida comenzó Cross a olisquear a su familia humana, a aspirar con ansiosa avaricia todo el aire que la rodeaba. El olor a galleta lejana de Mario, la dulzura que María José desprendía por todos sus poros y aquel olor tenue pero agrisado, a niño, de su querido Toni. Pero allí había dos novedades muy evidentes que la ceguera provocada por la impactante visita le había logrado ocultar a simple vista.

*«Y este grandullón ¿quién es?», me preguntaba, algo temeroso pero feliz de contar con un semejante en la familia-manada.*

El joven pastor alemán y Cross comenzaron a olisquearse. Al primero, el segundo le olía a cierto sosiego, a mucha experiencia, e incluso percibía una pizca de sensatez. Por el contrario, a Cross, Jazz, que era como se llamaba el pastor alemán, le olía a fuerza, a viva y tersa musculatura, a torrente sanguíneo, a bendita locura de pseudocachorro, y no pudo evitar un cierto sentimiento de nostalgia al conocerlo.

*«Si tuviera yo tu edad...», pensé mirando el terso pelo negro de su lomo, el color fuego de sus patas y ese porte gallardo del cual los perros sénior carecemos.*

Toni saltaba de alegría entre sus dos amigos peludos y los animaba a que jugaran juntos. Mario era incapaz de pronunciar

una sola palabra y su mujer lo cogía de la mano mientras observaba aquella magnífica escena.

*Sí, estaba contento, claro que lo estaba, pero no sabía si esto era una simple visita o si habían venido a por mí para que volviera a vivir con ellos y con ese nuevo amigo.*

Tras olfatear por completo a Jazz, Cross decidió que ya era hora de confirmar la otra novedad que había percibido. Miró atento a María José. La olfateó delicadamente a la altura del ombligo y todos rieron. Allí pudo oler la vida humana en toda su plenitud, la esencia del comienzo, el perfume inenarrable del porvenir, algo que tan solo los perros y quizá otras especies no humanas pueden sentir.

–Sí, Cross, ahí vive mi... nuestra hermanita –dijo Toni con esa sinceridad exclusiva de los niños.

Una empleada de la residencia entró en la nave y entregó una correa a María José y unos papeles en un sobre a Mario.

–¿Me dejas que sea yo quien lo lleve, mamá?

–No, hijo, que Cross es muy fuerte y te puede tirar. Ya tendrás tiempo de jugar esta tarde con él en casa.

*El hecho de que Cross retornara al hogar no despertó en mí ningún sentimiento de celos ni de envidia. Hacía ya unos meses que yo había suplantado, al menos en el plano laboral, al carismático golden retriever con el cual tenía que compartir aquella tarde la casa, la familia y el cacharro para el agua. Su mirada era triste, algo melancólica, como suele ser la de los de su raza, pero cuando entró por la puerta los ojos de mi casi anciano nuevo amigo se tornaron vivarachos. Se frotó con los sofás, las cortinas, las sillas y con su colchoneta. Menos mal que no se fijó en la mía. En cualquier caso, pensé: «Sé bienvenido, Cross, esta es tu casa y tu familia».*

La casa de Mario era un piso decorado con buen gusto. El mobiliario, los accesorios y los escasos elementos decorativos formaban una armonía minimalista y daba la sensación de que

allí ni sobraba ni faltaba nada. Era la casa de alguien a quien sin duda las cosas le iban o le habían ido bien, pero que no quería demostrarlo ni con extravagancia ni con humildad. Al margen de lo meramente estético, era una casa funcional, ideal para un ciego. Se notaba la mano de María José en todo eso, no había más que mirarla para percibirlo. En este caso, la casa era el espejo de su alma.

Mario, pese a ser ciego total de nacimiento, tenía un gusto refinado. Se interesaba por los colores de los muebles, la pintura e incluso por los motivos y representaciones de los cuatro o cinco cuadros que colgaban de las paredes.

–Voy a recoger los mandos a distancia y mi móvil, tú coge el tuyo también, Marijose. Y Toni, no dejes nada al alcance de los perros, sobre todo de Cross, que ahora viene Nico y ya sabes lo que hacía cuando escuchaba el timbre.

–Pero, papá, si tu móvil nunca lo cogía Cross y con mis juguetes le dejo jugar.

–Haz caso a tu padre, Toni, que hace mucho que Cross no ve a Nico y se pondrá tan contento que agarrará lo primero que pille para entregárselo como obsequio de bienvenida.

–Y le dará igual que sea el iPhone de tu padre o tu muñeco de Spiderman –añadió María José señalando al superhéroe de goma que reposaba tieso encima del sofá.

*Al escuchar estas palabras no pude reprimir un suspiro. ¿Por qué siempre me tienen que acusar a mí de todo esto? Bueno, supongo que hay algo de verdad, pero ¿qué culpa tengo yo de ser alegre y cariñoso? Sonó el timbre de una manera que me era más que conocida. Nicolás, fuese la hora que fuese, siempre llamaba como si se estuviera prendiendo fuego a la ciudad. Sin duda era él.*

La amistad entre Mario y Nicolás se había forjado en la mejor edad posible para ello. Se conocieron cuando ambos tenían ocho años en un campamento de verano. Mario era un chico de la calle Embajadores, hijo de dos asesores fiscales que regentaban

una gestoría, y Nico era un chico de Vallecas, hijo de un mecánico de trenes sindicalista y una ama de casa entrañable. Mario estudió Económicas en la universidad y Nico dejó los estudios a los dieciséis. Mario era de Oasis, Beatles e incluso Mozart y Beethoven, y Nico, de Extremoduro y Reincidentes. Ambos pertenecían a la misma clase social, sus familias eran gentes sencillas en la concepción más amplia del término, y las diferencias se reducían a poco más que la pura estética y el distinto valor que tendría el metro cuadrado del suelo que pisaban a diario. Pero por mucho que se empeñaran los años, eran cada vez más iguales, más distintos y mejores amigos.

Nicolás trabajaba desde hacía unos años como comercial en la empresa de escaneo y digitalización de documentos de Mario, y anteriormente había sido descargador de fruta en un almacén de Mercamadrid. Su labia, su don de gentes y una inteligencia natural eran cualidades suficientes para desempeñar con dignidad el cargo que ocupaba en la empresa de su amigo.

–¡Está pletórico! Me encanta verlo así, chicos, conocer a Jazz le ha venido genial. De momento parece que guardan algo las distancias, pero ya veréis como cuando se encuentren más a menudo se harán buenos amigos. Yo me lo llevaré al despacho todos los días que pueda y así no os echará tanto de menos. Y luego los findes, cuando venga a gorronearos la cena o la comida, lo podrá ver Toni también –dijo Nico mientras miraba al niño que, tumbado en el suelo y distraído, acariciaba el lomo de Cross.

Jazz se levantó del rincón del salón donde estaba tumbado y se fue con Toni y Cross con la intención de seguir olisqueándolo, y segundos más tarde lamer la cara del niño.

*Que sí, que vale, que ha venido Cross y es un ancianito muy tierno y juguetón, pero es que a mí ya no me haces caso.*

–Aiss, quita, Jazz, no me chupes. Anda ven y tumbate con nosotros aquí, que os acaricie a los dos, que en un rato se marcha Cross con Nico.

Jazz finalmente se tumbó, pero a unos dos metros de distancia de ellos. De vez en cuando suspiraba o gimoteaba queriendo llamar discretamente la atención de Toni.

–Entonces, Mario, ahora que Cross está jubilado, ¿se puede atiborrar con lo que quiera? Le podré dar salchichón, jamón, sardinas en lata o incluso alguna barra de pan de esas que intentaba robar cuando era un perro guía activo.

–No seas bestia, Nicolás, que te lo cargas en dos días. Vale que ya esté jubilado y se merezca más que nadie una vida tranquila y placentera, pero hazlo con mesura, anda –le contestó Mario a su amigo.

–Que era broma, hombre, a ver si te crees tú que yo no entiendo de perros, ¿pero cerveza sí podré darle, no?

–Y whisky también. Venga, voy a traerte las cosas.

–¡Ya me estás echando!

*Aquello no pintaba mal, viviríamos Nico y yo solos en una casa tan grande como la de Mario y además mejor, ya que esta estaba más destartada y tenía más trastos por medio para poder mordisquear. Nico cogió mis pertenencias, correa, cacharro de la comida, colchoneta, una pelota de caucho maciza y un Kong. Iba todo menos mi arnés. Le dio una rutinaria colleja a Toni, que refunfuñó, una caricia en la cabeza a Jazz, otra a María José en la barriga y a Mario, dos palmadas en el pecho. Se conoce que Nico tenía mil y una maneras de despedirse de la gente que quería.*

–Bueno, chicos, me marchó. No le tires tanto de la cola a Jazz, que le va a crecer y luego tu padre se tropezará con ella cuando le guíe.

–Cállate, anda, que eres un pesado, y espera que le dé un besito a Cross –dijo Toni con esfuerzo mientras se levantaba del suelo.

–Y a vosotros dos os veo mañana en el despacho, y por cierto, ¿por qué no viene María José también a la reunión? Nos vendrá

bien tener una psicóloga presente por si discutimos y nos tiramos de los pelos.

–Quita, quita, yo no asisto, que eso son asuntos vuestros y ya sabe Mario que a mí no me gusta meterme, igual que tampoco quiero que él se meta en los míos –expuso María José apuntando con un dedo a su marido.

–Y hablando de meterse en asuntos ajenos, ¿cuándo vais a buscarle nombre a la niña? Que quedan cuatro meses para que nazca y aquí nadie dice nada. ¿Tú cómo quieres que se llame tu hermanita, Toni? ¿Le ponemos Eufrasia?

Marioscaneos SL era fruto del tesón de su gerente, del esfuerzo de sus trabajadores frente a las dificultades y, sobre todo, de la calidad humana de sus cuatro integrantes. Juanma trabajaba de escaneador y tratador de textos. Se embebía por completo en su trabajo cuando se ponía a ello. Sus ojos, las manos e incluso su gusto y su olfato se entregaban al teclado y al papel formando un solo conjunto. Para dirigirse a él, mientras realizaba su tarea, el resto de compañeros le tenían que dar un toque en el brazo. Esto no se debía ni mucho menos a la hipoacusia que padecía –Juanma era sordo total–, más bien era fruto de la entrega con la que hacía su labor, pues en ese momento solo tenía vista y los otros tres sentidos restantes para la pantalla del ordenador y para el papel.

Milagros era analista de datos, título que provenía poco más que del encabezado de su contrato laboral, ya que carecía de la más mínima titulación académica. Había dejado Ingeniería Informática en primer curso porque le aburrían las clases y las lecciones vacías de unos profesores que intentaban enseñarle tareas con métodos que ella siempre calificaba de protocolarios, aburridos e inútiles; ¿para qué perder el tiempo aprendiendo cerrajería si sabes entrar por la ventana incluso sin romper el cristal? Sabía tanto o más de redes visibles e invisibles, legales o

ilegales, de datos, programación, desprogramación, encriptación, desencriptación que cualquiera de sus profesores. Cuando un comercial iba a Marioscaneos a ofrecer algún nuevo programa, ella sonreía socarronamente y preguntaba siempre quiénes eran sus creadores –equipos dotadísimos de talentosísimos informáticos de una universidad extranjérisima. Ella se limitaba a seguir sonriendo, a decirles que gracias por la visita, pero que no estaba interesada en aquel producto, mientras que por dentro pensaba que ese nuevo programa lo hubiera diseñado ella perfectamente, a los dieciséis años y en un día de resaca. La mesa de Milagros era la única de la empresa que no disponía de silla, pues ella llevaba la suya puesta de casa: era hemipléjica.

–Bien, compañeros y compañera...

Había dado comienzo la reunión, los cuatro apenas solían reunirse, al menos no con tanta oficialidad y formalismo como en aquella ocasión. Salvo el día de la fundación de la empresa, en algún momento que tuvieran un determinado problema con un cliente importante o para explorar nuevas vías de desarrollo. Cross, en sus tiempos de perro guía, había sido un asiduo de esas reuniones, pero también de aquellas que tenían un carácter más informal y espontáneo. Esta era la primera vez que Jazz y Cross coincidían bajo la mesa de juntas. Ambos suspiraron al escuchar las primeras palabras de Mario, quien las pronunció carraspeando, como se dicen las palabras que uno jamás quisiera pronunciar.

–Ya sabéis cuál ha sido la dinámica de trabajo de este proyecto desde su fundación. Fue una iniciativa empresarial que arranqué con el fin de encontrar una salida laboral tras terminar la carrera. Un ciego recién salido de la facultad tiene las mismas dificultades para incorporarse al mercado laboral que cualquier otro joven, pero sabemos que estas se multiplican por mil en una sociedad que aún no ve el potencial que muchas personas con discapacidad tienen para ocupar puestos de trabajo y de responsabilidad en las instituciones públicas y en la empresa privada.

Cuando di los primeros pasos tras conseguir la financiación adecuada y se hizo la cesión de estos despachos por la que más tarde fue mi pareja, vuestra amiga y nuestra compañera de oficina, la psicóloga María José Alcaraz, la siguiente meta fue que el proyecto debería ser llevado a cabo por personas con discapacidad, con capacidades distintas. Después decidimos contratar como comercial a mi amigo Nicolás cuando vimos una posibilidad de expansión que no queríamos dejar escapar.

*No sé tú, pero a mí hoy nuestro dueño me está aburriendo un poco. Aunque para la buena verdad, ya no es mi dueño, ahora lo es Nico, a ver si habla él y anima esto un poco. Te voy a dar un poco con mi pezuña en tu patita, que te veo también aburrido.*

–No escogimos un mal momento al inaugurar Marioscaneos, aunque la abrimos en un contexto de crisis económica ya visible y la desarrollamos en distintas etapas de recesión, nuestro proyecto garantizaba operatividad e incluso ahorro a muchas empresas.

*Vaya con el abuelo, qué ganas tiene de marcha. Pues te voy a contestar, aunque Mario me eche la bronca. ¡Toma lametón en el hocico!*

–¡Jazz, quieto! Pues bien: como sabéis, desde hace unos años, ya no somos la única empresa de Madrid dedicada al tratamiento de documentación, escaneo y transformación. Tenemos competidores muy fuertes que han conseguido abaratar bastante los costes de producción a costa de bajos salarios, aprovechándose, a mi juicio, de la estrechez económica de muchos jóvenes y de la desesperación de estos por tener un puesto de trabajo sea como sea.

*Qué botas más chulas con cordones que lleva hoy Milagros.*

*Huy, ya huelo yo las intenciones del jovenzuelo este.*

–Nosotros vamos a buscar todas las fórmulas de viabilidad que nos sean posibles antes de tener que llegar a decisiones dramáticas, despidos, bajada de sueldos o incluso cierre.

–Quita, Cross, deja mis botitas, que estamos hablando –pidió Milagros con un susurro.

–¿Perdón, Mila? No te he oído bien.

–No, Mario, continúa, solo era que Cross estaba jugueteando con mis cordones –comentó sonriendo.

*Lo que faltaba, que esté yo aquí tan formal, y que el niño o, mejor dicho, cachorrato este, le muerda los cordones a Milagros y me lleve yo las culpas. Pues me doy media vuelta y me pongo a mirar a la pared, que con un poco de suerte me duermo.*

–Yo, para no extenderme mucho, os quisiera proponer que Juanma y tú –dijo mirando a Milagros– hagáis un informe sobre los ingresos de este año, una previsión de los ingresos netos y brutos del que viene y que, en arreglo a ese documento, nos volvamos a reunir los cuatro para acordar una nueva distribución salarial.

*Noté en ese momento como los corazones de los cuatro se aceleraban, sobre todo el de mi dueño y el de Nico. Mientras tanto, Cross comenzaba a roncar, dulce vejez la de mi amigo. Seré bueno y lo dejaré tranquilo, pero si veo que duerme mucho, habrá que darle un lametón o algo.*

–También adelanto, antes de que se produzcan malentendidos, pues jamás los ha habido en esta casa, que la redistribución que yo propondré en su momento será igualitaria y no proporcional, como la actual. Esto supone dos cosas: que yo renuncio a poseer el superávit que pudiera tener la empresa, pasando a percibir un sueldo como el vuestro, y que si hubiera ingresos extras, se repartirían. Solamente existen dos escollos que hay que superar en esto que os propongo: el primero es que Nicolás cobra sueldo y comisión y tendría que renunciar a lo segundo para entrar en dinámica con la posible redistribución salarial; y el otro es si todos estaríais de acuerdo en bajaros el sueldo si esto fuera necesario en caso de que los ingresos de la empresa bajaran aún más.

La reunión había sido tensa, difícil, pero sobre todo triste. Hasta los dos perros lo habían notado. Jazz, aunque tuviera ganas de jugar con los cordones de las botas de Milagros, había terminado mentalmente agotado, lo cual notaría más tarde Mario en su comportamiento. Cross, por su parte, había tenido un duermevela intranquilo y poco reparador.

–Bueno, Mario, tú no te preocupes, que estamos contigo hasta el final –dijo Milagros tocando el brazo de su jefe antes de salir por la puerta.

–Yo también me marchó, Mario –anunció Juanma mientras se ponía una chaqueta-. Y lo mismo que dice Mila, estamos contigo y con el proyecto. Somos un equipo y lo seguiremos siendo.

Mario se despidió de ellos efusivamente y algo emocionado. Sin embargo, Nicolás, que aún estaba en el despacho, apenas pudo musitar un «hasta luego, chicos». Juanma tuvo dificultades para leer estas palabras de los labios del comercial de Marioscaneos, los cuales siempre eran muy expresivos. María José salió de su despacho al ver que Milagros y Juanma se marchaban.

–¿Qué pasa, Nico? –preguntó Mario al ver a su amigo de aquella manera.

–Nada, amigo, nada. Que me emocionan tu generosidad y la fuerza que tienes. Sabes que siempre te he admirado mucho.

–Gracias, Nico, pero no es necesario que me adules. Como ha dicho Juanma, esto es un equipo y yo ocupo un lugar más en él.

–Sí, Juanma lleva mucha razón, pero quiero decirte una cosa, Mario: no será necesario tu plan de distribución salarial para salvar la empresa. Me marchó de Marioscaneos. Dile esta misma tarde a Milagros que me tramite la baja laboral cuando pueda y de la manera menos perjudicial para la... quiero decir, para el equipo.